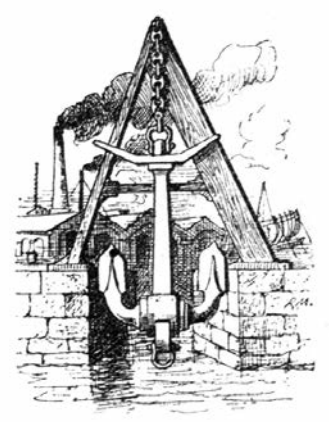
IL TROVATORE

Vicente Jesús BERNAL TORTOSA

(HIS)

Soy hijo del genio y pertenezco a la aristocracia del talento.

Antonio García Gutiérrez, en el Teatro Español.



FORTUNADAMENTE, no todos compartimos los mismos gustos. Yo considero los míos como una opción para reencontrarme con aquellos con los que no he tenido el gusto de coincidir en espacio, lugar y tiempo. Mientras unos dedican su tiempo a aficiones «normales» y mundanales, venerando a famosos deportistas, artistas, etc., otros tratamos de recuperar el tiempo perdido en los espacios donde literatura, arte e historia conectan con la vida: los cementerios. Es por ello que cada vez que se me presenta la ocasión y tengo la oportunidad de visitar un camposanto donde poder disfrutar de la compañía de personalidades ilustres y del arte que les rodea, no dudo en sucumbir a sus encantos. No en vano para mí es el museo perfecto: paz, silencio y respeto conectando la muerte y sus almas con la vida.

Me considero un romántico empedernido y ferviente seguidor de la corriente del Romanticismo de nuestro país, así como de sus máximos representantes del siglo XIX, como Mariano José de Larra, José de Espronceda, José Zorrilla y Moral, el duque de Rivas, Rosalía de Castro, Gustavo Adolfo Bécquer, entre otros.

Una cita obligada para mí era la Sacramental o cementerio de San Justo en Madrid, donde acudí en cuanto tuve la primera oportunidad de acercarme a la capital; no lo dudé y puse rumbo a mi encuentro con Larra y Espronceda, ya que tenía constancia de que sus restos reposaban a orillas del Manzanares en el anteriormente citado camposanto.

Cámara en mano y tras unas preguntas a un amable operario que me indicó perfectamente la ubicación del panteón, me dirigí al patio donde había de

Panteón de hombres ilustres de la asociación de escritores y artistas españoles.
(Fotografía facilitada por el autor).

converger con mis ídolos, aunque solo fuese en alma. Unos pasos más adelante, tras seguir las indicaciones, ahí estaban, en un panteón de estructura semicircular dedicado a la pintura, la literatura y la música, cuya leyenda reza: «Panteón de hombres ilustres de la Asociación de Escritores y Artistas Españoles».

Extasiado ante la oportunidad de estar junto a ellos, comencé a leer atentamente sus lápidas, donde por cierto descubrí que Ramón Gómez de la Serna, adscrito a la generación de 1914 o novecentismo e impulsor del género literario de las greguerías, yacía junto a Larra, tras su fallecimiento el 12 de enero de 1963.

El día prometía ser tranquilo hasta que me dispuse a visitar el sepulcro de Espronceda, pues lo había dejado para el final al ser mi autor romántico favorito. Mientras leía las palabras grabadas sobre la piedra de su lápida, y tras apartar un trozo de mármol blanco que sujetaba un papel con los versos de la *Canción del Pirata* a los pies de esta, me quedé atónito al descubrir la siguiente inscripción: «Antonio García Gutiérrez, poeta y autor dramático 1813-1884».

Cerré la cámara dando por finalizada la sesión fotográfica. Salí del magnánimo camposanto dispuesto a resolver una de las múltiples dudas que merodeaban

Inscripción a pie del sepulcro de Espronceda. (Fotografía facilitada por el autor).

por mi cabeza. ¿Quién era Antonio García Gutiérrez, para mí un auténtico desconocido hasta entonces, cuyos huesos se codeaban nada más y nada menos que con los de una leyenda como Espronceda, cuyos románticos versos del *Pirata* aún se recitan en nuestra Armada?

Antonio García Gutiérrez

Nació en Chiclana el 5 de julio de 1813, en pleno período de recuperación de la provincia de Cádiz tras la devastación sufrida por la opresión de las tropas napoleónicas, a las que estuvieron sometidas todas las localidades de la bahía gaditana y su provincia.

Miembro de una familia numerosa de diez hermanos, sus padres, Antonio y Catalina, deciden trasladarse a Cádiz en el año 1821. El padre, ebanista de profesión, gana el dinero suficiente para ofrecer un futuro a su hijo. Debido a su miopía, habían sido advertidos por el maestro de que jamás aprendería a

(*puentechico1.blogspot.com*).

escribir. A pesar de ello, Antonio García Gutiérrez lo hace con una letra minúscula casi ilegible, pero con una espectacular sintaxis, lo cual hace albergar a los padres la esperanza de que su hijo pueda cursar estudios en un futuro. Sin embargo, no querían sus progenitores que fuese hombre de letras, sino que orientase su carrera a la Ciencia y, más concretamente, a la Medicina. De este modo, con el deseo de que se convirtiese en médico, deciden llevarle a la por aquel entonces Universidad de Medicina, el Real Colegio de Cirugía de la Armada.

El Real Colegio de Cirugía de la Armada

A principios del siglo XVIII nuestro país vecino, Francia, se había adelantado de forma espectacular al mundo en materia de sanidad naval. Nuestras escuadras adolecían de cirujanos nacionales, existiendo una total dependencia de los extranjeros a bordo de nuestros buques.

Consciente de esta gran carencia, el director de los cirujanos de Marina, en aquella época Juan Cochón Dupuy, decide en 1716 enviar para su instrucción al hospital francés de Rochefort a un grupo de jóvenes cirujanos en ciernes, entre ellos Pedro Virgili, llamado a ser el padre de la Cirugía de nuestra Marina.

Tras un largo bagaje a bordo de nuestros buques y por las diferentes escuadras españolas que enarbolaban nuestra bandera por los mares de este mundo, en 1745 Virgili es destinado al hospital de Cádiz con la finalidad de que

Fachada del Real Colegio de Cirugía. (Foto: *www.bancodeimagenesmedicina.com*).

«continuase su mérito cuidando de la enseñanza de los cirujanos y corriendo con los demás encargos que pusiese a su cuidado el Cirujano Mayor», por aquel entonces Juan Lacomba que, agotado por tanto trabajo, carecía del entusiasmo y la energía que requería la dirección de un hospital, por lo que mediante una carta escrita delega sus funciones en Pedro Virgili.

Trabajador, organizado, disciplinado y con sobrada iniciativa, Virgili había sido ayudante del cirujano mayor. A partir de este momento se convierte en el mecenas del resurgir de la cirugía en España. En marzo de 1748 presenta su proyecto de creación del Real Colegio de Cirugía de la Armada a la Corte, que pretendía posicionar a España a la altura del resto de países europeos en materia quirúrgica.

Este mismo año, Virgili ve cumplidos sus deseos con la inauguración del primer Colegio de Cirugía de la Amada en nuestro país, con la acertada elección de una decena de profesores y cincuenta alumnos internos pensionados, que posteriormente aumentaron al centenar. Entre las normas para el ingreso, había una serie de requisitos y la elección de colegiales estaba sujeta al cirujano mayor:

«Serán excogitables al Cirujano Mayor de dicho colegio, entre los muchos individuos que lo pretenderán todos aquellos hijos de buenos padres, limpios de mala raza, costumbres e inclinaciones y con los principios de saber leer, escribir y contar presidiendo a la admisión del pretendiente el exhibir una certificación o probanza auténtica que testifique quienes son sus padres, que oficio tienen o tuvieron, y todo lo demás que pueda conspirar a las circunstancias expresadas, y si por razón de familia tiene padre o alguno que lo mantenga de vestir, con la decencia necesaria durante el tiempo que existiere de colegial que no deberá de exceder ni pasar de los seis años…»

Asimismo, el seguimiento de los alumnos en sus estudios y su mantenimiento durante su estancia y enseñanza en el Real Colegio:

«El Cirujano Mayor exponga con justicia, y en conciencia de los colegiales de quienes no se aseguren los mejores progresos, o los que por mala conducta, inaplicados, revoltosos, o con otros defectos perjudiciales, sean dignos de expulsarlos de dicho colegio despidiéndolos de él, a fin de que en su lugar entren otros que prevalezcan con mayores ventajas... para su manutención y vestido me parece sería lo regular consignar a cada uno que sea efectivo y sin servidumbre o alimentos de familia el salario de 30 reales de vellón mensuales y una ración diaria compuesta de: 20 onzas de pan blanco, 12 de carnero, un cuartillo de vino, 4 libras de leña o 2 de carbón y 2 onzas de tocino...»

Esta es una breve y concisa explicación de cómo, según el pensamiento y metodología de la época, se pretendía conseguir tener unos buenos cirujanos, tanto en los buques de la Armada como en los reales hospitales.

Uniformidad usada a finales siglo XVIII en el Real Colegio de Cirugía de la Armada. (Extraído del libro de ASTRAIN GALLART, M.: *Barberos, cirujanos y gente de mar. La sanidad naval y la profesión quirúrgica en la España ilustrada*).

Toda esta serie de requerimientos y exigencias debieron ser superados por Antonio García Gutiérrez para satisfacer los deseos de sus padres e ir a la Universidad, con la finalidad de convertirse en un hombre de ciencias y dar rienda sueltas a su formación.

Ingresa en el Real Colegio de Cirugía de la Armada en 1827, pudiendo comprobar que era un colegio muy avanzado por aquella época en cuanto a tecnología para la formación de sus alumnos, así como en la ideología que se fomentaba, lo cual contribuyó de manera determinante e inequívoca a que García Gutiérrez durante sus tres años de estancia diese rienda suelta a su alma romántica y liberal, pudiendo captar los primeros esbozos del Romanticismo.

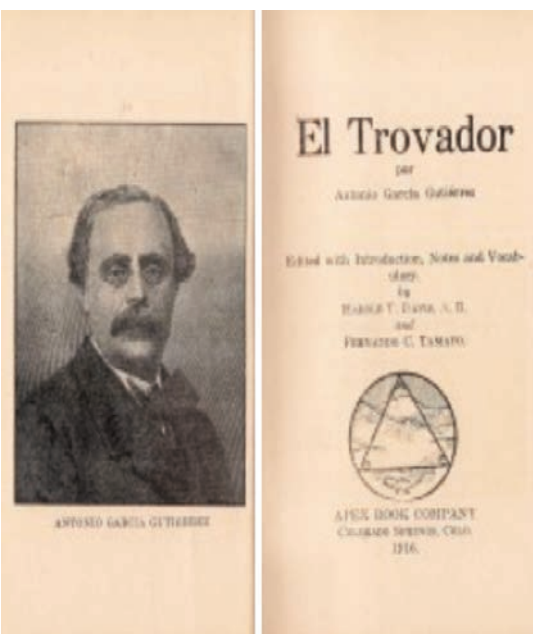
En 1830, tras haber cursado los tres años de formación, Fernando VII decreta el cierre de todas las universidades, y el Real Colegio de Cirugía de la Armada no será una excepción. Esta nueva situación le obliga a abandonar sus estudios de Medicina, aunque ya había escrito sus primeros versos.

Ante la completa oposición de su padre, la imposibilidad de continuar con sus estudios y la certeza de saber a qué se quiere dedicar, emprende camino a pie desde Cádiz a Madrid, en pleno verano, alcanzando la capital unos 20 días más tarde. Una vez allí, va adentrándose, relacionándose y dándose a conocer entre los personajes del mundo literario de la época.

¿*Il trovatore* o el trovador?

Al pronunciar estas palabras, generalmente las asociamos a la gran ópera en cuatro actos del gran compositor Giuseppe Verdi. Esta genial y majestuosa pieza fue estrenada en el Teatro Apollo de Roma el 19 de enero de 1853, donde comenzó una marcha victoriosa a través del mundo operístico que aún perdura. Nos olvidamos sin duda y obviamos que la famosa ópera está basada en el drama caballeresco en cinco jornadas, en prosa y verso, *El Trovador*, que fue representado por primera vez el 1 de marzo de 1836 en el Teatro del Príncipe de Madrid. Verdi eligió la reedición de la ópera en verso de 1851 como base para su obra maestra, *Il Trovatore*, escrita por el olvidado y humilde dramaturgo chiclanero Antonio García Gutiérrez, perteneciente al teatro del Romanticismo del siglo XIX y que supuso la máxima expresión de este movimiento en nuestro país. A esta corriente, llegada de Francia, Alemania e Inglaterra, también pertenecían escritores como Mariano José Larra o Espronceda, que compartían ideología con García Gutiérrez y cuyos nombres han perdurado hasta nuestros días.

(*eriamusicacuarto.blogspot.com*).



(*www.viajeroeneltiempo.com*).

Hitos de Antonio García Gutiérrez

Plácido Domingo y Anna Netrebko saludando al público tras la representación de *Il Trovatore*. (Foto: Agencia EFE, diario *La Nueva España).*

A pesar de ser uno de los grandes olvidados del Romanticismo español, fue el autor más representado del siglo, llevando Verdi a la ópera sus obras *El Trovador* y *Simón Bocanegra*.

Entre los logros de García Gutiérrez hemos de destacar que se convirtió en el primer autor que, tras el estreno de su primera pieza, *El Trovador,* en 1836 con tan solo 22 años, es aclamado por un público deseoso de conocer la autoría de aquella magnífica obra. Una costumbre completamente nueva y desconocida, implementada desde aquel momento tras el apoteósico estreno.

Tras el debut de la ópera de Verdi *Il Trovatore* con libreto de Salvatore Cammarano en el Teatro Real, García Gutiérrez es el pionero en reclamar sus derechos como autor, solicitando amparo al Gobierno español. Comenzó litigios que finalmente ganó, logrando de este modo cobrar derechos de autor cada vez que una de sus obras era representada en cualquier coliseo, hito que se mantiene vivo aún hoy en nuestros días.

Durante toda su carrera literaria escribe unas 70 obras distintas, aunque solo una, *El trovador,* graba su nombre con letras doradas en la historia de la literatura española.

Tras la estela de García Gutiérrez en nuestra sociedad actual

Conocida la vida y obra del protagonista de nuestra historia, inicié una búsqueda orientada a encontrar material sobre su mundo íntimo y personal.

Consciente de que su vida había transcurrido en Madrid, en la calle Fuencarral 139, me dirigí a esta dirección tras el rastro del dramaturgo. Mi decepción fue mayúscula tras comprobar que nada constataba que allí había vivido el autor, y reconozco que los demonios afloraron desde mi interior. Cabizbajo y derrotado, unos catorce números más adelante alcé mi vista y tuve que enjugarme mis pupilas dilatadas de la emoción al encontrar una escueta placa

en recuerdo del gran dramaturgo.

Una simple placa en Madrid, una frase sobre la lápida de Espronceda, algún busto y alguna plaza en su localidad natal son las únicas trazas de su existencia, ahora en el más completo anonimato que tanto anheló durante su vida y que la sociedad de su época se negaba a otorgarle al alabar constantemente su obra.

Placa en calle Fuencarral, 125.
(Fotografía facilitada por el autor).

Conclusiones

El estudio realizado sobre Antonio García Gutiérrez, su vida, obra, trayectoria personal y profesional, constata fehacientemente el paso del dramaturgo por el Real Colegio de Cirugía de la Armada, sito en la ciudad de Cádiz y cuyo régimen de disciplina, uniformidad y enseñanza militarizada estaba reservado para un grupo de buenos estudiantes elegidos por la autoridad pertinente perteneciente a la Armada. Podemos afirmar que tras su fugaz estancia en este Real Colegio, Antonio García Gutiérrez se impregnó de sus directrices y pensamientos románticos, a la vanguardia de la sociedad de aquella época. Sin duda su tránsito por esta institución supuso un antes y un después en la vida del escritor, quien creó sus primeros versos durante su estancia como estudiante. Todos los hechos acaecidos durante su vida llevan a una afirmación inequívoca, que el autor de *El Trovador,* que algún día perteneció a nuestra Armada, comenzó su vida profesional como escritor durante su estancia en el citado Real Colegio, lo cual derivó en su obra cumbre conocida por todos: *Il Trovatore*.

BIBLIOGRAFÍA

FERRER, D.: *Historia del Real Colegio de Cirugía de la Armada de Cádiz*. Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cádiz; 1983.9.

BARTOLOMÉ Y CELA, E.: «La obra docente de los cirujanos de la Real Armada en el siglo XVIII». REVISTA GENERAL DE MARINA, 1990; 218:791-805.5.

AZNAR, S.: «Origen y fundación del Colegio de Cirugía», en *La recuperación del Hospital de San Carlos*. Ministerio para las Administraciones Públicas. Madrid, 1991.

ASTRAIN GALLART, M.: *Barberos, cirujanos y gente de mar. La sanidad naval y la profesión quirúrgica en la España ilustrada*. Madrid. 1996.

El Trovador: drama en cinco jornadas y en verso (1851), *www.bibliotecavirtualdeandalucia.es*.

Documentos RNE: *García Gutiérrez y el teatro del Romanticismo. El trovador olvidado*, 23 de mayo de 2015.

Espigón de Puerto Real al atardecer.
(Foto: Pablo Avanzini González-Llanos).